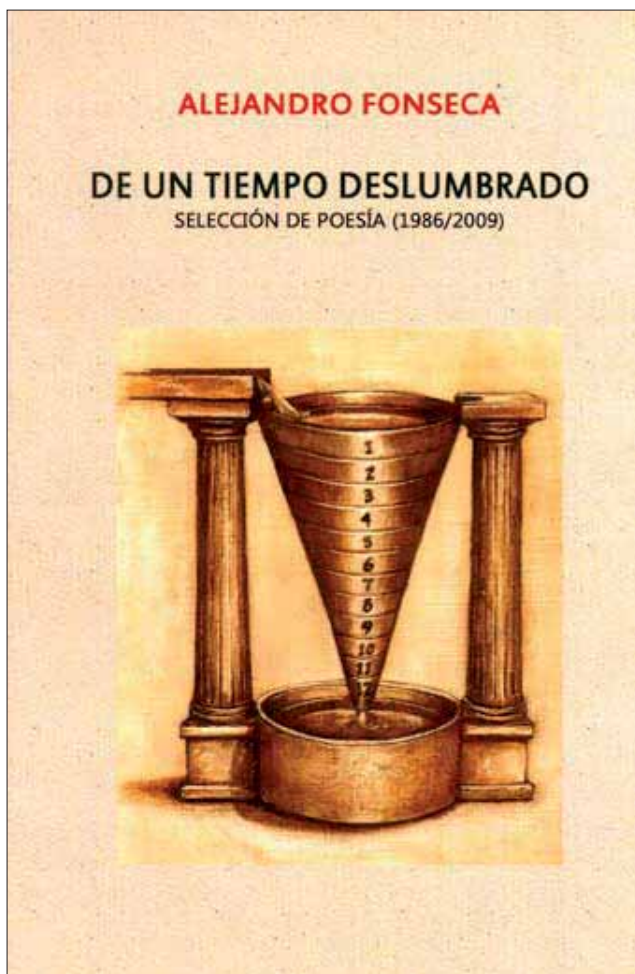


RE-SEÑAS DE LIBROS

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

- Fonseca, Alejandro *De un tiempo deslumbrado. Selección de poesía (1986 / 2009)*. Miami, Editorial Silueta, 2011. 126 pp.

Después de una sostenida labor de creación poética, que lo llevó a participar en el movimiento de talleres literarios, obtener varios premios en su ciudad natal, Holguín, y de haber publicado varios volúmenes de versos, entre ellos los titulados *Bajo un cielo tan amplio* (1986), *Testigo de los días* (1988) y *Anotaciones para un archivo* (1999), Alejandro Fonseca ha reunido en este libro algunos de sus poemas de mayor calidad, ya dados a conocer, y otros que aún permanecían inéditos. A partir del encuentro con toda esta secuencia ordenada cronológicamente podemos apreciar el proceso evolutivo de su mundo expresivo y temático, que transita de la evocación, el entorno de la ciudad, los amigos y las experiencias existenciales cercanas, como las relaciones amorosas, a un nivel de abstracción mucho mayor en el que se manifiestan preocupaciones de raíz más profunda. Desde sus inicios este poeta había dado muestras no solo de una notable madurez, sino de la búsqueda de una voz propia, que estuviese apartada de las tendencias que entonces demostraban una mayor vitalidad: el conversacionalismo, el neocriollismo, el intimismo... El presente volumen viene a demostrar que ha avanzado con pie firme por ese camino.



Autor del excelente poema "Bajo un cielo tan amplio", lleno de sugerencias y de moderadas insinuaciones a la soledad, la duda y el desgarramiento íntimo, prefirió en un momento volver la mirada a la juventud ya transcurrida, en la que coexistieron el entusiasmo y la ingenuidad ("Entre el sol y las piedras de la mañana"), el amor que se frustró ("Poema para María") y el afán de aventuras ("El mar inalcanzable"). Mas también de modo simultáneo dio muestras de cierta voluntad de reflexión, como se observa en la simbología que encierra el poema "Buey". Con posterioridad, ya con un mayor grado de sapiencia, ha de escribir: "Nos queda (como estricta pertenencia) / las libres pulsaciones de la sangre / y la zona incoscificable de los sueños" ("Transfiguraciones").

Por haberse desempeñado durante largo tiempo como mecánico ajustador de máquinas herramientas en la fábrica de combinadas cañeras de Holguín, algunos críticos intentaron catalogarlo de poeta-obrero, algo así como de un nuevo Regino Pedroso. Pero en su poesía no se hallan "saludaciones fraternas al taller mecánico", sino el latido interno de un hombre que ha conocido de igual forma el júbilo, la infelicidad y "el desacierto de estar solo" ("Un laberinto").

Hace algunos años Alejandro Fonseca marchó a residir en Miami, un cambio de gran significación que implica transtierro y en muchas ocasiones ha representado rupturas, inadaptación y despedidas definitivas. Sin embargo, en su caso personal la fidelidad a las raíces no se ha difuminado y con toda razón ahora puede declarar: "soy el que siempre regresa / tanteando con furor el borde de una Isla. / Soy el que no ha podido alejarse" ("De un tiempo deslumbrado"). Dondequiera que se encuentre, ante los ojos de este poeta siguen corriendo las aguas del río Marañón.

- García, Pedro Antonio *La Habana ciudad insurrecta*. La Habana, Ediciones Extramuros, 2011. 90 pp.

Las monografías históricas, las investigaciones profundas que sacan a la luz documentos y datos nuevos y esclarecedores, obviamente son obras bien recibidas que pueden llegar incluso a sentar pautas en el tema abordado. Pero también existen los textos históricos que en esencia persiguen sólo un fin divulgativo, el acercamiento a una parcela del pasado, a la biografía de un personaje o a un acontecimiento de notable significación. Dirigidos por lo general no a los especialistas ni a los académicos, sino a los estudiantes y a los desconocedores del asunto tratado, estos trabajos suelen cumplir con los limitados objetivos que se trazaron y bien pueden representar puntos de partida o fuente de motivación para profundizar más en diferentes aristas históricas. El presente volumen del periodista Pedro Antonio García pertenece a este grupo de obras de vulgarización.

Integrado por algo más de una docena de artículos que casi en su totalidad ya habían sido dados a conocer en las publicaciones periódicas nacionales *Bohemia* y *Granma*, *La Habana ciudad insurrecta* recoge diversos hechos pertenecientes a la lucha revolucionaria que tuvo como escenario nuestra capital y ocurrieron en el período comprendido entre los años 30 –la dictadura de Gerardo Machado- y 1958 –el desplome de la dictadura de Fulgencio Batista. Una vez delimitados esos paréntesis, el autor pasó a desarrollar



el esbozo biográfico de algunos revolucionarios –Gabriel Barceló, Sergio González (El Curita), Juan Manuel Márquez, Gerardo Abreu (Fontán)- o la narración sintetizada de algunas acciones colectivas –la manifestación estudiantil del 30 de septiembre, el asalto al Palacio Presidencial, el enfrentamiento armado entre combatientes clandestinos y la policía en Goicuría y O’Farrill. Aunque en cada uno de los artículos prevalece la intención de brindar las informaciones de un modo diáfano y preciso, en correspondencia con el exigente estilo periodístico, en algunas ocasiones se manifiesta cierta elaboración literaria, que en unos casos se observa a través de los saltos en el tiempo (“Masacre en Juanelo”) y en otras por medio de la narración paralela de dos hechos coincidentes (“Asalto a la madriguera”).

Como fuentes documentales Pedro Antonio García empleó en cada uno de esos textos la bibliografía básica; pero con preferencia se apoyó en los testimonios de las numerosas personalidades que logró entrevistar –Julio Girona, Faure Chomón, Oscar Pino Santos, Salvador Vilaseca, César García del Pino-, así como de los familiares o camaradas de los revolucionarios caídos. La incorporación al discurso narrativo o a la exposición biográfica de algunas de estas breves evocaciones le confirió un mayor dinamismo al ritmo de estos trabajos.

Cada autor tiene todo el derecho de establecer sus intereses temáticos, los fines de sus obras, la etapa que desea abordar. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que en *La Habana ciudad insurrecta* nos resulta muy estrecho el período elegido y

selectiva en exceso la mirada dirigida casi exclusivamente hacia las acciones armadas. A nuestro entender, el volumen se hubiera enriquecido mucho más con la inclusión de otros trabajos que, igualmente enmarcados en el espacio geográfico de la capital, se adentraran no solo en acontecimientos y en luchadores revolucionarios, sino también en hechos renovadores y en personalidades progresistas como la Protesta de los Trece (1923) y el dirigente obrero Alfredo López (1894 – 1926); pero no dejamos de reconocer que ese hubiera sido otro libro. El que ahora comentamos, aun así, posee méritos propios.

- *Otra Cuba secreta. Antología de poetas cubanas del XIX y del XX (De Gertrudis Gómez de Avellaneda a Reina María Rodríguez con una breve muestra de poetas posteriores)*. Edición, introducción, notas y bibliografía de Milena Rodríguez Gutiérrez. Madrid, Editorial Verbum, 2011. 563 pp.

Desde la publicación en 1868 del *Album poético fotográfico de escritoras y poetisas cubanas...*, que confeccionó Domitila García de Coronado, no han sido escasas las selecciones que han intentado mostrar la producción poética de las autoras cubanas, residentes o no en el territorio nacional, contemporáneas o pertenecientes a épocas ya lejanas. Ahora, con un objetivo mucho más ambicioso y abarcador, la investigadora Milena Rodríguez Gutiérrez ha dado a conocer esta voluminosa antología, resultado de intensas búsquedas bibliográficas y de un minucioso análisis dirigido a consumir una depurada selección que esté respaldada por valores literarios inobjektivos.

En la introducción la autora, además de remontarse a los orígenes del discurso poético femenino en Cuba, de analizar los diversos comentarios, no siempre justos, que se han vertido sobre la personalidad y la obra de la Avellaneda y emitir sus criterios sobre algunas antologías anteriores, se detuvo a argumentar las razones que la impulsaron a acometer esta tarea. De acuerdo con sus palabras, pretendió fundamentalmente “llenar algunos blancos de la historia literaria” cubana, “recuperar autoras y textos olvidados” y “sugerir análisis alternativos” (p. 35). Reconoce que esta es una antología “reivindicativa, de género, feminista”; pero en líneas anteriores dejó aclarado que “esta especie de genealogía femenina (...) posee también –es preciso subrayarlo- un carácter limitado, parcial y aun reductor: separadas del resto de sus compañeros, la visión sobre las poetas es sin duda incompleta (como lo es también, por supuesto, la de ellos sin las voces femeninas, aunque a menudo se olvide).” Sobre la base de ese equilibrio logró entonces ganar en objetividad y sustraerse de la ridícula pasión feminista.

Milena Rodríguez declara haber tomado como referentes las antologías *Poetisas cubanas* (1985), de Alberto Rocasolano, y el *Album de poetisas cubanas* (1997), de Mirta Yáñez, aunque ambas, como consecuencia de una política cultural que parece ya superada, hubiesen excluido a las autoras establecidas en el extranjero, decisión que por fortuna no hallamos en *Otra Cuba secreta...* Con un espíritu integrador, a partir del convencimiento de que la literatura cubana es una sola, al margen del lugar de residencia de los escritores nacidos en el país, Milena Rodríguez no solo incorporó a su selección poetisas que radican en Nueva York, Madrid o Miami, sino que tomó de sus respectivas obras poemas en los que se manifiesta de un modo explícito el dolor del exiliado, el desarraigo del que se encuentra separado de su patria. Así lo vemos, por ejemplo, en “Exilio”, de Julia Rodríguez Tomeu, “Rueda

de exiliados”, de Nivaria Tejera, “Para Ana Veldford”, de Lourdes Casal, y “Monólogo de una exiliada”, de Pura del Prado.

Desde el punto de vista estructural, esta antología también es deudora de otras dos que le antecedieron: *Cincuenta años de poesía cubana 1902-1952* (1952), de Cintio Vitier, y *Las palabras son islas* (1999), de Jorge Luis Arcos. Entre otros elementos, de la primera tomó el formato de incluir como presentación de cada autora un breve párrafo para indicar sus datos biográficos y los títulos –no pertenecientes al género de poesía- que ha publicado, y, seguidamente, comentarios acerca de sus textos poéticos, que en esta ocasión fueron enriquecidos con las valoraciones de otros críticos. De *Las palabras...* tomó no solo la voluntad de ofrecer un sólido respaldo bibliográfico, sino también la inclusión de una especie de lista de consuelo con los nombres de aquellas poetisas no elegidas, pero “que podrían incluirse en otras muestras o selecciones poéticas” (p. 43).

En cuanto a las voces escogidas, esta antología –como todas- es sensible a ser cuestionada y a soportar, de acuerdo con el juicio de cada lector, críticas por inclusiones o por exclusiones. Según nuestra apreciación, hubiera sido más aconsejable suprimir el apéndice de autoras nacidas después de 1952, que incluye a María Elena Cruz Valera, Zoe Valdés, Damaris Calderón y Wendy Guerra, entre otras, y simplemente extender la fecha de aceptación hasta las nacidas en 1958, para convencionalmente emplear como frontera el fin de la etapa republicana. Consideramos que están presentes todas las poetisas del siglo XIX que lograron dejar al menos algunas composiciones valiosas –Úrsula Céspedes, Aurelia

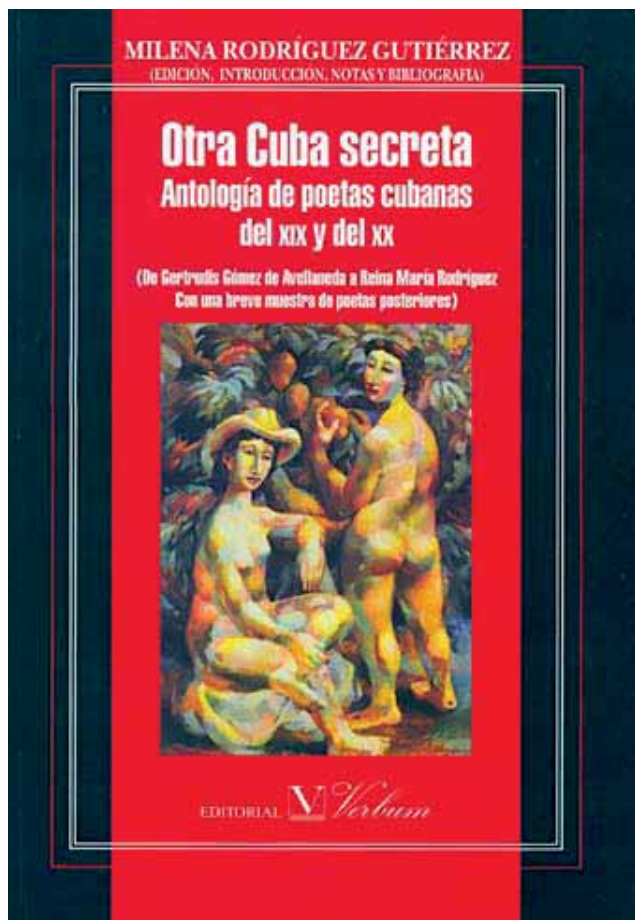
Castillo, además de la Avellaneda, Juana Borrero y Pérez de Zambrana. Ya en la relación de autoras surgidas posteriormente quizás fueron merecedoras de un escaño Dulce María Borrero, Carlota Caulfield, Marilyn Bobes y Basilia Papastamatiu, pues esta última, aunque de origen argentino, después de más de cuarenta años de residencia ininterrumpida en nuestro país y de haber realizado una intensa labor de animación en nuestro medio literario bien puede ser incorporada a las letras cubanas. Por otro lado, solo nos parece discutible la admisión de Edith Llerena, que se nos muestra con dos poemas de escasa calidad.

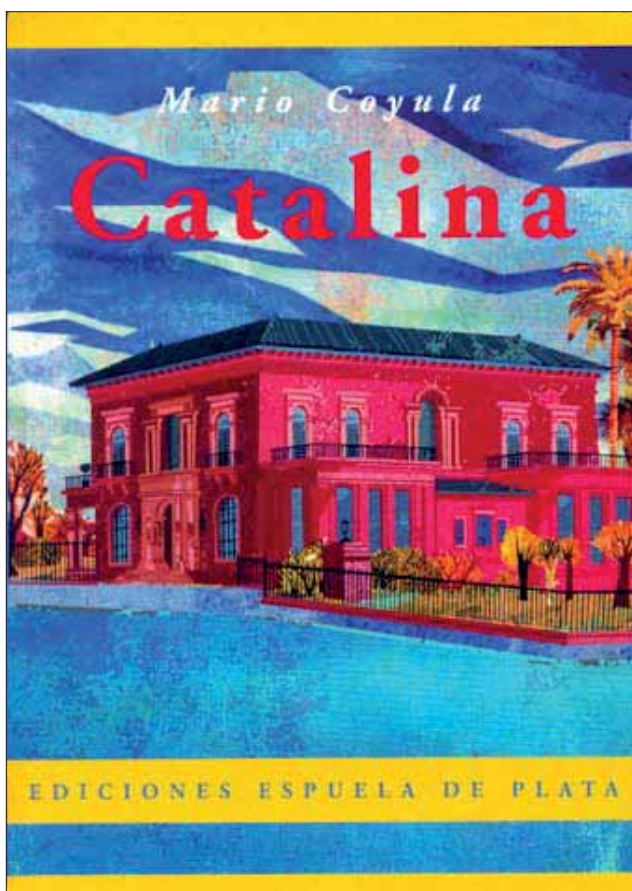
Ya en el terreno de los textos seleccionados, no nos resulta llamativa alguna ausencia en particular y celebramos que hayan sido incluidas en la obra, a pesar de su notable extensión, composiciones poéticas de innegable calidad como “La marcha de los hurones”, de Isel Rivero, y “Últimos días de una casa”, de Dulce María Loynaz. No deja de llamarnos la atención que Milena Rodríguez haya escogido poemas de Georgina Herrera, Alina Galliano, Nancy Morejón, Lourdes Casal y Rosario Hiriart en los que están presentes de alguna forma elementos pertenecientes a las religiones sincréticas afrocubanas y, en cambio, no haya incorporado a su antología poemas de inspiración católica –y también de notable calidad-, entre los que se hallan “Al nombre de Jesús”, de la Avellaneda, “A Dios”, de Pérez de Zambrana, “Transfiguración de Jesús en el Monte”, de García Marruz, y “Señor, que lo quisiste...”, de la Loynaz. En todo el volumen, no obstante los numerosos poemas de raíz católica escritos por las autoras cubanas, solo encontramos con esa impronta el soneto de Mercedes García Tudurí “A Santa Teresa de Jesús”, cuya irreverente contraparte, con el respaldo entusiasta de la compiladora, viene a ser “Mujer brava que casó con Dios”, de Belkis Cuza Malé. Ese desequilibrio bien puede conducir a la errónea conclusión de que las poetisas cubanas apenas se inspiraron en elementos del catolicismo y, por el contrario, fijaron su atención en los cultos sincréticos y en los orishas. Mas debemos comprender que todo esto responde a los patrones de clasificación de la autora, cuyas afirmaciones también llegan en algunos momentos a ser audaces y a no detenerse ante autoridades consagradas. Así, por ejemplo, discrepa de José Martí y de Cintio Vitier por la valoración que ambos hicieron de la Avellaneda (pp. 22-24) y asegura con pleno convencimiento que “Mercedes Matamoros es el primer poeta contemporáneo cubano, el primero del siglo XX” (p. 179).

Otra Cuba secreta... –título tomado del ensayo breve de María Zambrano “La Cuba secreta”- a nuestro entender supera todos los intentos anteriores de llevar a cabo una rigurosa antología de poetisas cubanas. Por encima de los señalamientos que le hemos formulado, constituye una obra valiosa y, a partir de ahora, de imprescindible consulta no solo para conocer en profundidad el discurso poético femenino en Cuba, sino además para comprender mejor el proceso evolutivo de la poesía cubana.

- Coyula, Mario *Catalina*. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2011. 252 pp.

Catalina de Lasa y del Río (1875-1930), dama aristocrática de extraordinaria belleza que en 1905 rompió su matrimonio con Pedro Estévez Abréu, hijo del vicepresidente de la República y de la acaudalada patriota Martha Abréu, para unirse al seductor Juan Pedro Baró, rico propietario también casado, constituye todo un mito en la historia de las pasiones amorosas en Cuba. Su arries-





gada decisión, tan execrada por los de su clase social, la llevó además a separarse de sus hijos, entrevistarse en Roma con el papa Pío X para solicitar la anulación de su vínculo matrimonial y, al proclamarse en nuestro país la Ley de Divorcio en 1918, a ser la segunda pareja en solicitar la aplicación de esa medida. En su honor el nuevo cónyuge construyó una majestuosa mansión en el Vedado, bautizó con su nombre una variedad de rosa y, tras su muerte, levantó en la avenida principal del Cementerio de Colón un imponente panteón para eternizar su recuerdo.

A partir de esta atrayente relación sentimental el arquitecto Mario Coyula se aventuró a escribir la presente novela de carácter histórico, dado no solo por la veracidad de los hechos centrales que la integran, sino de los numerosos elementos colaterales que los acompañan: las respectivas familias a las que pertenecían, la Cuba del tránsito de la colonia a la República y sus primeras décadas, los sucesos políticos nacionales y extranjeros de la época, los acontecimientos culturales, la vida en París y en La Habana. Toda esta amplia gama de informaciones se nos dan a través del empleo alterno de las tres personas del singular y del discurso de tres personajes: Catalina y Juan Pedro, desde la muerte, y el Arquitecto, fascinado por la hermosura ya desaparecida de aquella mujer y el encanto de un momento histórico que los años y las transformaciones han borrado. En su acercamiento espiritual –y por momentos absurdamente físico– a Catalina vemos de cierto modo resurgir el drama que ya Carlos Fuentes nos había presentado en la noveleta *Aura* (1962).

Por medio de las evocaciones de estos personajes el autor da rienda suelta a todo un impresionante volumen de datos que con-

tiene las descripciones arquitectónicas de Londres, Nueva York, París, Viena y Venecia, las modas parisinas e inglesas de aquel tiempo, los perfumes, las recetas culinarias de la gastronomía francesa, la fabricación de los primeros autos norteamericanos y europeos, juicios sobre palacios, castillos, iglesias y arquitectos... A todo esto se suma la alusión a hechos puntuales como la caída de la dictadura de Machado en 1933, el acueducto de Albear, la masacre de Orfila en 1947, la valiosa revista *Social*, una síntesis biográfica del digno patriota Miguel Coyula, el surgimiento del Vedado Tennis Club, los títulos de la supuesta nobleza cubana, las casonas coloniales del Cerro, el proxeneta Alberto Yarini, comentarios sobre Miguel de Carrión y otros escritores cubanos...

No se limitó el autor a brindar informaciones sobre la época en que vivieron aquellos amantes y le concedió además espacio a referencias acerca de “la persecución a homosexuales, religiosos, apáticos y extravagantes” (p. 239) en la década de los 60, así como a la degradación moral que en fecha más reciente se ha extendido por el país e incluye a jinetes, funcionarios que roban o aceptan sobornos, ladrones, nuevos ricos que imponen su mal gusto, marginales y desarraigados que arriban a la capital procedentes de otras provincias (p. 188). De acuerdo con su criterio, que compartimos, todo este coctel nefasto que daña a la sociedad ha repercutido de modo muy visible en el deterioro de La Habana y en particular del Vedado, “ahora hostil y deforme, superviviente de agresiones que lo han lisiado” (p. 185).

Concebidas como un respaldo histórico de la novela, estas informaciones no carecen de interés; pero por su cantidad abruman y por ser ofrecidas a través del discurso de los personajes asumen una función didáctica más propia de un manual. Tales resultados lastran el dinamismo de la narración y conducen la obra hacia una especie de repaso histórico-cultural de un amplio período y de un escenario geográfico diverso. De una forma que no deja de ser lastimosa, *Catalina* demuestra una vez más que la buena disposición, una historia atrayente, una sólida documentación y dominio de la escritura no bastan para edificar una novela de calidad. A nuestro entender en la presente faltan los necesarios mecanismos de captación, de atracción, capaces de estimular el seguimiento de la lectura: conflictos, enigmas, metas a llegar, fabulación a partir de sucesos reales, lucha.

A pesar de esas limitaciones que reducen el mérito de esta obra en cuanto texto de creación literaria, de ficción, no dejamos de reconocer en ella el intento, sí conseguido, de acercar un pasado no tan distante en el tiempo como por los períodos de transformaciones que dictan las convulsiones socio-políticas. Ese acercamiento nos trae aspectos de la realidad nacional que no podemos dejar en el olvido; es también una exhortación a refrescar la memoria, analizar el pasado y mirar con ojo crítico el presente. Aunque la residencia Catalina de Lasa-Juan Pedro Baró, después de haber sido Casa de la Amistad Cuba-URSS, sea hoy simplemente el centro de recreación y gastronomía Casa de la Amistad, ya sin la original ambientación interior. Aunque el panteón donde reposan sus restos haya sido profanado y robados los lucernarios y el *paravent*. El aroma de la rosa que lleva el nombre de Catalina no se ha perdido.

- Rodríguez Bolufé, Olga María *Relaciones artísticas entre Cuba y México (1920 – 1950). Momentos claves de una historia.* Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2011. 399 pp.

Muy intensos han sido siempre los vínculos históricos y culturales entre Cuba y México. Procedentes de este país vinieron a residir en suelo cubano los poetas Salvador Díaz Mirón, Rosario Sansores, Fayad Jamís y Luis G. Urbina, el compositor Juventino Rosas, autor del vals "Sobre las olas", y, para luchar por nuestra independencia, Maclovio de San Cristóbal, comandante del Ejército Libertador. A la hospitalidad mexicana se acogieron, por su parte, José María Heredia, José Martí, Pedro Santacilia y Eliseo Diego, el lingüista José Miguel Macías, el líder estudiantil Julio Antonio Mella y la antropóloga Calixta Guiteras. El matancero Pérez Prado popularizó en México el mambo y los muralistas mexicanos Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco cautivaron con sus obras a no pocos pintores cubanos. Estudiar este último fenómeno fue uno de los principales objetivos de la presente investigación, que de modo más amplio, según palabras de la autora, constituyó "el proceso de instalación, diálogo, polémica y agotamiento del paradigma del arte mexicano en Cuba" (p. 11).

Antes de adentrarse en el tema, el libro ofrece una buena fundamentación teórica en la cual se recogen los principales postulados de la vanguardia en la pintura durante las primeras décadas del siglo XX. A continuación se le concede un amplio espacio a las publicaciones habaneras como *Social*, la *Revista de Avance*, el Suplemento Literario del *Diario de la Marina* y *Orígenes*, que contribuyeron a divulgar en nuestro país la pintura mexicana, y seguidamente se le reconoce ese mérito a los escritores Juan Marinello, Alejo Carpentier y Loló de la Torriente, quienes de modo personal asumieron con entusiasmo igual tarea, aunque en los respectivos capítulos dedicados a ellos abundan informaciones que en realidad muy poca relación guardan con la idea central de la obra e incluso

en algunos casos resultan desacertadas. Así, por ejemplo, de Carpentier se dice que nació en La Habana, tomó parte en la Protesta de los Trece y dirigió la revista *Musicalia* (p. 208), todo lo cual es incierto. También de modo particular llaman la atención las páginas y los elogios desmedidos que se le dedicaron al autor de *Contemporáneos*, de quien llega a decir la autora: "Martí moraba en Marinello y respaldaba sus conceptos" (p. 188). Suponemos que si hubiese conocido su artículo "Martí y Lenin", publicado en *Masas* en 1934, no habría escrito afirmación tan categórica y comprometedora. Por otro lado, deploramos que no tomase en consideración los comentarios del profesor José Antonio Portuondo acerca de Siqueiros, Rivera y, en específico, sobre la polémica exposición de pintura cubana inaugurada en México en 1946, asunto que es analizado por Olga María Rodríguez con cierta meticulosidad.

Relaciones artísticas entre Cuba y México... - título que se presta a confusión, pues en verdad solo se limita a la pintura-, además de contar con casi un centenar de excelentes reproducciones que respaldan el texto, aporta abundante y precisa información acerca de los murales realizados por pintores cubanos como Carlos Enríquez, Amelia Peláez y Domingo Ravenet, aunque en el caso de este último inexplicablemente la autora no tomó en consideración la documentada biografía escrita por su hija *Ravenet revela a Ravenet* (2005). El libro recoge de igual forma la fecunda estancia de Siqueiros en La Habana y puede decirse de modo rotundo que cumple con sus propósitos de estudiar con seriedad el impacto causado en Cuba por el arte mexicano en el período ya señalado, a pesar de que algunas facetas de este amplio proceso son, por supuesto, sensibles a ser investigadas de manera más minuciosa. De acuerdo con nuestro criterio, quizás entre ellas podría situarse el comparar los murales recogidos en esta obra y los realizados entonces en La Habana por otros artistas, como el que plasmó el madrileño Hipólito Hidalgo de Caviedes en el vestíbulo del edificio del *Diario de la Marina*.

Además de los señalamientos anteriores, resulta de lamentar que no hayan sido bien revisados los datos históricos que se incluyen en esta obra. De haberse hecho esto, no se afirmaría erróneamente que en 1934 se proclamó una nueva Constitución de la República de Cuba que "parecía representar muchos de los ideales del movimiento revolucionario" (p. 127), cuando verdaderamente se estampó entonces una espuria y momentánea Ley Constitucional, ni que "a partir de la promulgación de la Ley de pena capital" en octubre de 1936 se ejecutaron a "numerosos revolucionarios cubanos" (p. 127), pues en realidad no se le aplicó a nadie esa medida extrema. Otros ejemplos más podrían citarse; pero por último preferimos pasar a mencionar algunas valoraciones caprichosas que establece Olga María Rodríguez: a la revista *Universidad de La Habana* la acusa de refugiarse "bajo un manto conservador al no tomar partido en medio de la efervescencia revolucionaria de la década de 1930" (p. 161), descalificación que consideramos injusta por ser esta en realidad una publicación académica, ajena a las pugnas partidistas. Ya en las páginas finales, al dolerse, con sobrada razón, por el deterioro físico y la indiferencia general que hoy padecen los restos de los murales realizados en la antigua Escuela Normal de Santa Clara, la autora atribuye tal situación a "los sistemáticos períodos de crisis económica por los que ha atravesado Cuba debido en gran medida al bloqueo estadounidense y, por otro lado, a factores internos de la propia realidad cubana" (p. 342). Sin comentarios.

